

La formación ética de los contadores públicos ante el caso Enron-Andersen

Arturo Díaz Alonso

Director de la Facultad de Contaduría y Administración de la UNAM, Director General de la Asociación Nacional de Facultades y Escuelas de Contaduría y Administración y Presidente de la Asociación Latinoamericana de Facultades y Escuelas de Contaduría y Administración

En muchas ocasiones me ha tocado tratar el tema de la ética profesional ante auditorios semejantes a éste. Ante la invitación de Alfredo Adam, acepté gustoso y en vez de hablar de la teoría contable o de filosofía, en sentido estricto, voy a tratar de exponer ante ustedes cómo veo la problemática de la formación de los alumnos que estudian para contadores públicos en relación con la ética; para ello utilizaré las sombras del caso Enron para hacer un poco de luz en este tema.

El caso de Enron es delicado por los conflictos de intereses, porque se mintió y porque se dañan las finanzas y el prestigio de muchos. Enron en 15 años llegó a ser la séptima empresa entre las 500 mayores de Estados Unidos, facturó 100,000 millones de dólares en el 2000 y tenía los mejores empleados; pero sus acciones llegaron a perder el 99% del valor en unos cuantos días y, como consecuencia, los fondos de jubilaciones de sus 20,000 empleados invertidas en acciones de la propia compañía quedaron en nada, en la ruina. Apesar de esos males, su presidente Ken Lay ganó 205 millones y otros directores también amasaron fortunas. Enron le pagaba al despacho Arthur Andersen 52

millones de dólares por su auditoría y asesoría, pero éste nunca informó de las alteraciones hechas a la contabilidad, seguramente porque mucho de lo ocurrido había sido propuesto o auspiciado por el mismo en su doble carácter de auditor independiente y asesor. Cuando surgió el escándalo, Andersen reconoció que sus empleados destruyeron documentación.

No puede ocultarse que George W. Bush, presidente de los Estados Unidos, ha estado ligado a Lay, ya que éste contribuyó a sus campañas políticas y repartió dinero en Wall Street. Por ello, ni el presidente ni Wall Street pueden ser objetivos.

La empresa nació en 1985 y Jeff Skilling, un funcionario fanático de la desregulación, fue su mago financiero. Enron vendió acciones a sus empleados como inversión para sus planes de jubilación. La empresa empezó a acumular pérdidas en empresas filiales que, por alguna razón técnica, estaban fuera del balance, ya que no había que consolidarlas. La técnica, pues, sirvió para ocultar un fraude, lo cual demuestra que no basta con cumplir con la ley escrita para ser ético y que, por el contrario, esa ley escrita puede contribuir al engaño.

Como estoy convencido de que en la práctica profesional de la contaduría tenemos una serie de prejuicios y de criterios poco fundados, quiero hacer un breve análisis de la ideología imperante hoy en ese medio nuestro y, como hilo conductor, he decidido analizar algunas contradicciones importantes derivadas de esa ideología o falsa conciencia que hoy vivimos y que transmitimos, inconscientemente, a los alumnos al formarlos en las universidades.

Al destacar esas contradicciones, espero contribuir a que la formación ética de nuestros alumnos sea más científica, menos prejuiciosa, más auto-crítica y que se fortalezca. No es fácil deshacerse de prejuicios y menos aún para una actividad como la nuestra que parece tan nítida, tan indiscutida y tan indiscutible.

Algunas de las contradicciones más graves que veo en nuestra formación tradicional y que hemos venido arrastrando a lo largo del tiempo son:

1. La contradicción más grave es que aunque tenemos un ámbito muy preciso de acción que son las finanzas, no queremos precisarlo para pronunciarnos sobre lo que es la carrera de la contaduría pública, para que la comunidad lo sepa y, muy especialmente, para que estén informados los estudiantes que opten por estudiarla con el fin de que sepan cuál será su ámbito de trabajo. Nuestro trabajo es fundamentalmente financiero y puede consultarse el plan de estudios 1998 de la Facultad de Contaduría y Administración de la UNAM, hoy vigente, en donde partimos de una definición en este sentido financiero. Pero hay un temor generalizado entre los contadores más conservadores a precisar y definir nuestro campo de acción porque se cree que vamos a reducirlo, y el resultado ha sido el contrario. Esta política de indefinición ha generado confusión y falta de compromiso y hoy muchos de nuestros trabajos los realizan otras profesiones. Además, la contabilidad misma ha dejado de verse en su realidad financiera y parece ser que pronto será una disciplina de la informática, empequeñecida y empobrecida. Creo que los organismos profesionales y académicos debemos decir qué es la profesión y cuáles son sus actividades principales, pero ello implica un compromiso que parece ser que no se quiere adquirir.
2. Inducimos a los alumnos a caer en la prepotencia narcisista de que pueden resolver cualquier problema que se les ponga enfrente y que no hay limitaciones éticas ni técnicas que considerar. De este concepto se deriva la discutible tesis de que se puede ser auditor externo y consultor al mismo tiempo sin que se falte a la norma de la independencia mental, como lo hizo Arthur Andersen en el caso Enron. El gobierno federal mexicano actual y los pasados han aceptado que muchos de sus funcionarios, basados en una discutible posición de la tecnocracia, puedan, simplemente con buena voluntad, aplicar la técnica que dominan (la contabilidad, el derecho, la economía, la medicina, la mercadotecnia) para gobernar al país, administrar ciudades, conducir Nacional Financiera o establecer los grandes planes de educación, aunque no están capacitados teórica ni empíricamente. Los alumnos deben aprender que se están capacitando para resolver problemas sociales de alto nivel, pero no todos esos problemas y menos sin estar preparados fuertemente. Deben saber que en muchas ocasiones ni siquiera la mejor preparación basta. Debemos aceptar que hay problemas irresolubles y que otros son tan complejos que superan a cualquier individuo, por lo que sólo se pueden resolver acumulando trabajo a lo largo de la historia. Además, si algo se puede hacer tecnológicamente pero es contrario a la ética, entonces no se puede resolver. Ante el caso Enron podemos afirmar que no se puede ser auditor y asesor al mismo tiempo, aunque la ley lo permita, la razón no puede permitirlo.

3. A pesar de lo compleja que es la realidad financiera de las empresas, no hemos hecho una investigación científica que nos permita controlar y modificar adecuadamente esa realidad compleja e importantísima. Esta deficiencia no es de México, sino del mundo entero; los países desarrollados no saben lo que son las empresas, ni lo que son las finanzas, ni lo que son los mercados. No tenemos ciencia y, consecuentemente, no tenemos tecnología. Tenemos técnicas muy probadas a lo largo del tiempo como la partida doble, pero además todos los días inventamos modas e ideologías que no tienen fundamento alguno y se los imponemos a las empresas, como la administración por objetivos, la calidad total, la reingeniería. Somos, muchas veces, verdaderos curanderos administrativos que aplican la técnica que está en boga, sin saber sus consecuencias plenamente. Creo que esta falta de estudios científicos es menos inocente de lo que puede parecer a simple vista; sospecho que hay intereses muy claros de que no debemos pensar que la empresa es algo más que una fuente de riqueza para unos cuantos que hacen el favor de darle trabajo a los demás. El que un contador sea asesor de negocios porque la auditoría ya no sirve está de moda; ahora se puede ser asesor y auditor al mismo tiempo; quienes esto sustentan dicen que no hay falta de independencia y que quien eso sostenga está pasado de moda, pero hay que recordar que la verdad no es cuestión de moda. Si no hay un fundamento científico de la empresa y su administración, si no construimos tecnologías basadas en investigaciones desprejuiciadas, entonces la contaduría tendrá que desaparecer y las empresas van a seguir fracasando por razones financieras.

4. Los alumnos deben ser preparados para ser autoridades técnicas y se los exigimos; sin embargo, caemos en la contradicción de decirles que tienen que ser preparados para satisfacer las necesidades de las empresas. Cuando lle-

gan a la vida profesional no saben si ser sumisos y preparar declaraciones fiscales mentirosas, o imponerse como autoridades técnicas dentro de la empresa y recomendar el camino correcto, cualquiera que éste sea aunque les cueste el trabajo. Los profesionales universitarios no son simples acomodadores de teatro al gusto del patrón, son responsables de marcar el rumbo de las empresas en las que trabajan, atendiendo las necesidades de los involucrados y de la empresa misma para su subsistencia y fortaleza. Un buen profesional puede ser disciplinado y colaborador en su ámbito de trabajo, pero nunca debe ser cómplice de las inmundidades que se cometan. Tampoco son simples aplicadores de leyes y reglamentos, sino autoridades técnicas que, basados en la ley, en la responsabilidad humana y en los conocimientos, pueden encarar realidades difíciles; tal vez nunca antes conocidas; asimismo, están obligados a apoyar, enderezar, corregir, imaginar, proponer, en fin, luchar por buscar soluciones adecuadas, sin más compensación que su legítimo salario y la satisfacción de la necesidad personal de que las cosas anden bien. No debemos formar alumnos para que sean empleados felices y sumisos, sino seres humanos que a pesar de sus conflictos tengan la fortaleza técnica y humana para encarar la realidad y luchar por resolver los problemas que, necesariamente, se presentan en todos los niveles de las empresas.

5. Autoridad y responsabilidad, por un lado, y libertad y necesidad, por otro, son binomios indisolublemente ligados que sólo pueden ser entendidos si se analizan junto a sus contrarios y sus contradictorios. La falta de autoridad, de ser reconocido y de reconocerse como tal, trae necesariamente como consecuencia la falta de responsabilidad. Pero la responsabilidad, en el más amplio de los sentidos, sólo puede existir si hay libertad para actuar. Los alumnos deben aceptar que como profesionales encararán con-

tradiciones y tentaciones que podrán resolver racionalmente si y sólo si saben ser sus propias autoridades y aprenden a decir que no. No hay justificación para el que dice: "si yo no hago el trabajo corrupto otro lo va a hacer"; tampoco para el que alega "yo tengo que mentir en la declaración fiscal porque me lo ordenan". Tienen que aprender a ser fuertes y a asumir plenamente su autoridad. Hay una responsabilidad moral y legal para el que libremente se porta mal, ya que es culpable, responsabilidad que existe aunque no haya castigo. Para ser profesional hay que ser adulto y asumir las consecuencias de nuestros errores. Parece ser que en el mundo hay muy pocos culpables y estamos entrenados para aprovechar las ventajas de ser profesionales, sin asumir la responsabilidad, y, cuando surgen los problemas del mal trabajo, estamos preparados para encontrar todo tipo de justificaciones, fundadas en que nunca hubo responsabilidad alguna.

6. El mundo es difícil y vivir ha sido siempre difícil, por lo tanto, no debemos formar alumnos para que sean profesionales ingenuos que se dedican a la partida doble como solución universal. Para encarar la vida y la sociedad tenemos que ser solidarios y responsables, saber que vamos a vivir en una comunidad, que el trabajo profesional siempre tiene un resultado social y que para hacerlo bien se debe aprender a ser valientes para buscar el bien. Necesitamos cultivar la cultura de la sospecha y formar alumnos no malos, pero si maliciosos. Las empresas que como Enron se enriquecen y crecen rápidamente deben ser sospechosas, como eran sospechosos Salinas, Fujimori, Color y Menem, pero faltó un juicio objetivo, había que creer en su genialidad y capacidad porque lo decían los medios masivos internacionales, que también deben ser sospechosos; ante éstos hoy todo el mundo se siente engañado, aunque siempre fue evidente que había que desconfiar de tanta perfec-

ción. También deberíamos sospechar de la globalización, del desarrollo tecnológico, de que en los países ricos no hay corrupción ni flojera y de otras tantas barbaridades que, evidentemente, son juicios falsos. Debemos tener muy claro que desarrollo económico o tecnológico no quiere decir, necesariamente, desarrollo moral. Enseñamos a los alumnos a que no se porten mal y no a que se porten bien. La ética es un tema muy importante como para dejarlo en manos de los códigos que hablan de excepciones y cuantifican en porcentajes a partir de qué momento hay que consolidar o declarar o aceptar, como ocurrió en el caso Enron. La bondad no se adquiere en los códigos, sino asumiendo plenamente la libertad de decidir. Nadie que haya tenido una responsabilidad en una empresa puede decir ante el fracaso, ante la quiebra, ante el cierre, ante el despido masivo de personal: "yo no tengo culpa", tiene que decir "no pude".

7. La ciencia y la vida humana en general están hechas de palabras y por eso hay que ser muy cuidadosos con el lenguaje, con la jerga profesional. Los contadores y los profesionales del mundo de los negocios usamos un lenguaje lleno de contradicciones. Les decimos a los alumnos que hay que ser proactivos, anticiparse para modificar la realidad, y al mismo tiempo les decimos que hay cosas fatales como la globalización o la corrupción, a las que hay que adaptarse, con lo cual les cortamos las alas para que sean verdaderos factores de cambio y, sobre todo, los dejamos confundidos con el doble mensaje. Les pedimos que sean agresivos, lo cual es una barbaridad, ya que lo que queremos decirles es que no sean conformistas. Les recomendamos que sean éticos, pero les decimos que hay que ser ricos a cualquier precio. Les hablamos de liderazgo y otras fantasías en vez de pedirles que sean buenos dirigentes. Estos valores de agresividad y enriquecimiento a cualquier precio conducen fácilmente a querer derrotar a los demás, a confundir la lucha por la

vida con la derrota del vecino. Hablamos de valores como la solución de todo, aunque practicamos valores mezquinos. Sin embargo, la teoría ética sabe que los valores son aquellas creencias que la gente tiene y que la llevan a actuar y que hay valores buenos y malos; por eso podemos decir que los valores de nuestra época son el dinero y el reconocimiento, y en poca medida la responsabilidad, el trabajo y la disciplina. Parece ser que cuando decimos verdad, bondad y belleza, queremos decir salud, dinero y amor. La ética no es un asunto de perfección, ni de riqueza, ni de clase social, ni de pureza, ni de autocomplacencia, sino de actuar bien en la vida cotidiana.

8. Finalmente, hay que recordar que la posición ética tiene que estar centrada en la libertad individual y tenemos que pensar nuevamente en la vocación, en nuestra voz interior que nos dice lo que debemos hacer en la vida, a lo que debemos dedicarla, aquello que nos interesa verdaderamente, para hacerlo bien y responsablemente. Los que trabajamos en la dirección de las empresas, necesitamos amar esas empresas y no verlas simplemente como un trabajo para tener dinero. Las empresas históricamente han sido creadas para cumplir con la función social de producir bienes y servicios; la socie-

dad humana ha inventado la empresa para garantizar la producción de bienes y servicios para la propia sociedad. En ese sentido, debe haber libertad de empresa, obtener beneficio de la justa coordinación de esfuerzos para producir lo que la sociedad necesita.

El verdadero pensamiento científico es analítico y no analógico, por eso se dice que todas las generalizaciones son falsas, empezando por la generalización de que todas las generalizaciones son falsas. Sin embargo, generalizar es una tendencia humana, por eso el asunto Enron-Andersen se generaliza y nos afecta a todos los contadores públicos y a nuestra imagen. Pero tenemos que conservar la calma y entender el problema plenamente. La corrupción está muy extendida en el mundo y lo ha estado a lo largo de la historia, no es exclusiva de México ni de nuestros tiempos y nadie está libre de ser corrupto. La corrupción es una potencia del ser humano, como la risa o el habla, como la santidad o la antropofagia; por ello tenemos que estar muy atentos y nunca realizar esa potencia, estar atentos de los demás, pero sobre todo de mí y de mi buena actuación y del desarrollo de mis buenas cualidades. Más que lamentos y consejos, nuestra sociedad requiere de profesionales capaces, íntegros y valientes que se comporten como buenos seres humanos. (A)



Visítanos en Internet

<http://www.fca.unam.mx>